

penetraron, se encantaron, se deslumbraron.

Cuando se lo confiaron todo, la joven reposó la cabeza sobre el hombro de su amante y le preguntó:

—Cómo os llamais?

—Mario. Y vos?

—Yo me llamo Cosette.

## LIBRO SEXTO.

### El muchacho Gavroche.

#### I.

##### Travesuras del viento.

Desde 1823, mientras que el bodegón de Montfermeil se hundía, desapareciendo poco á poco, no en el abismo de la bancarrota, sino en la cloaca de las deudas pequeñas, los Thenardier tuvieron otros dos hijos, que, sumándolos con los anteriores, les sumaban cinco; dos hembras y tres varones, que eran bastantes.

La Thenardier se desembarazó de los dos últimos, cuando eran pequeñuelos, con singular facilidad; hemos dicho, con razón, que se había desembarazado, porque aquella mujer solo tenía un fragmento de naturaleza, de cuyo fenómeno existe más de un ejemplo. Como la mariscal de Lamothe-Hondancourt, la Thenardier solo era madre para sus hijas; en ellas terminaba su maternidad. El odio que profesaba al género humano empezaba por sus hijos; por el lado de éstos estaba su maldad cortada á pico, por decirlo así, y su corazón tenía por esa parte lúgubre escarpadura. Detestaba al mayor, como ya hemos visto, y odiaba á los otros dos. Por qué? Porque sí. El motivo más temible y la respuesta más incontestable es esta:

—No necesito una manada de chiquillos, decía esta madre desnaturalizada.

Vamos á explicar cómo los Thenardier se libraron de sus dos últimos hijos y llegaron hasta sacar provecho de ellos. La Magnon, de la que más atrás nos hemos ocupado, era aquella joven que consiguió sacar una pensión al bienaventurado Gillenormand para dos hijos que tuvo. Vivía en el muelle de los Celestinos, en la esquina de la antigua calle del Almizclero, que hizo por borrar, con su buen olor, su mala fama. Cuando devastó, hace treinta años, una gran epidemia de garrotillo los barrios ribere-

ños del Sena, en Paris, la ciencia se aprovechó de la calamidad pública para experimentar en gran escala la eficacia de las insuflaciones de alumbre, que con tanta utilidad se reemplazan hoy por la tintura externa de yodo. En dicha epidemia la Magnon perdió en un día á sus dos hijos, pequeñuelos aun, uno por la mañana y el otro por la tarde. Este golpe fué cruel para ella, porque sus dos niños la representaban ochenta francos cada mes, ochenta francos que cobraba religiosamente en nombre del señor Gillenormand, y que la pagaba su administrador el señor Barge, portero retirado que vivía en la calle del Rey de Sicilia.

Muertos los niños, perdía la pensión. Entonces la Magnon recurrió á un expediente. En la tenebrosa masonería del mal, de la que ella formaba parte, se guardan los secretos y mutuamente se auxilian los asociados.

La Magnon necesitaba dos hijos, la Thenardier los tenía de sobra y precisamente del mismo sexo y de la misma edad; esto era buen arreglo para la una y buena colocación para la otra; por lo tanto, los hijos de la Thenardier pasaron á ser los hijos de la Magnon.

Esta dejó la casa del muelle de los Celestinos y se mudó á la calle Cloche-Perce, porque en Paris la identidad que liga á un individuo á sí mismo se rompe de una calle á otra.

Como el Estado civil no fué avisado, no intervino en esto, no reclamó, y la sustitución se hizo con gran facilidad. Solo la Thenardier exigió por el préstamo de sus hijos diez francos cada mes, que la Magnon la prometió y hasta la pagó.

El señor Gillenormand continuó pasando la pensión á sus dos presuntos hijos. Cada seis meses iba á verlos y no notó el cambio.

—Señor, le decía la Magnon, ¿cómo se os parecen!...

Thenardier, que tenía facilidad para adoptar toda clase de disfraces, aprovechó esta ocasión para convertirse en Jondrette. Sus dos hijas y Gavroche apenas tuvieron tiempo para notar que tenían dos hermanitos. Al llegar á cierto grado de miseria se apodera del alma una especie de indiferencia espectral, en la que se ven los séres como larvas. Las personas más allegadas aparecen como vagas formas de la sombra, que apenas sobresalen del fondo nebuloso de la vida y se confunden fácilmente en lo invisible.

La noche del día en que la Thenardier entregó sus dos hijos á la Magnon, con voluntad expresa de renunciar á ellos para siempre, tuvo, ó aparentó tener, un escrúpulo, y dijo á su marido:

—Esto no es abandonar á esos niños!

Thenardier, magistral y flemático, cauterizó el escrúpulo de su esposa con esta sentencia:

—Juan Jacobo Rousseau hizo más!

La madre pasó entonces del escrúpulo á la inquietud.

—La policía podía perseguirnos, porque no debe ser permitido lo que acabamos de hacer.

Thenardier la respondió:

—Todo es permitido. Todo el mundo lo encontrará esto natural. Por otra parte, nadie tiene interés en ocuparse de niños tan pobres.

La Magnon era una variedad elegante del crimen. Se vestía con gran esmero. Partía su habitación, amueblada de un modo extraño y miserable, con una inglesa afrancesada, que era astuta ladrona. Esta se había naturalizado en Paris, era recomendable por sus altas relaciones y estaba íntimamente ligada á las medallas de la Biblioteca y á los diamantes de la actriz Mars; fué más tarde célebre en los anales del crimen y era conocida por la *señorita Miss*.

Los dos niños que tocaron por suerte á la Magnon no tuvieron de qué quejarse; como los recomendaban los ochenta francos mensuales, los cuidaba con el esmero que se tiene por todo lo que se explota; los vestía y los alimentaba bien y los trataba como á señoritos; estaban mejor con su falsa madre que con la verdadera.

La Magnon, para darse humos de señora, no hablaba nunca en caló delante de ellos.

Así pasaron algunos años. Thenardier estaba satisfecho del préstamo. Un día que la Magnon le entregaba los diez francos mensuales, la dijo:

—Será preciso que "su padre," les dé educación.

Pero de repente los dos niños, bastante protegidos hasta entonces, fueron arrojados bruscamente á la vida y se vieron obligados á recorrerla solos. Veamos cómo sucedió esto.

La arrestación en masa de malhechores que se hizo en la madriguera de Jondrette, necesariamente había de complicarse con requisitorias y prisiones ulteriores, y causó verdadero desastre en la repugnante contra-sociedad escondida,

TOMO II.

que vive debajo de la sociedad pública; las aventuras de este género arrastran tras sí toda clase de derrumbamientos en ese mundo sombrío. La catástrofe de los Thenardier ocasionó la catástrofe de la Magnon.

Un día, poco despues que la Magnon dió á Eponina el billete que hacia referencia á la calle Plumet, hizo la policía repentina visita á la calle de Cloche-Perce y prendió á la Magnon, á la *señorita Miss* y á toda la vecindad sospechosa.

Los dos niños estaban jugando entonces en un patio y no vieron ni supieron la catástrofe. Cuando volvieron encontraron la puerta cerrada y la casa vacía. El zapatero del portal de enfrente los llamó y les dió un papel que su madre habia dejado escrito para ellos, que contenía estas señas: "Señor Barge, recaudador de rentas, calle del Rey de Sicilia, número 8." El zapatero les dijo:—Ya no vivís ahí. Idos. Esa casa está muy cerca. Es en la primera calle á la izquierda; con este papel preguntad por el camino.

Los chiquitines se marcharon, llevando el mayor al menor: éste asía con la mano el papel que debia servirles de guía. Tenía frio, y sus deditos hinchados se cerraban mal y apenas sostenían el papel. Al volver la esquina de la calle Cloche-Perce se lo llevó una ráfaga de viento, y como ya era de noche no pudieron encontrarlo.

Empezaron, pues, á vagar los dos por las calles.

#### II.

##### De cómo Gavroche saca partido de Napoleon el Grande.

En Paris suelen interrumpir la primavera vientos ásperos y rudos que no nos hielan, pero que nos dejan ateridos de frio; esos vientos entristecen los días más hermosos, y causan el mismo efecto que los soplos de viento glacial, que penetran en un cuarto por los huecos de las ventanas ó por las puertas mal cerradas. Parece que la sombría puerta del invierno se haya quedado entreabierta y deje penetrar el viento.

En la primavera de 1830 apareció la primera gran epidemia de este siglo en Europa; esos vientos fueron más incómodos que nunca, porque habia entreabierta otra puerta más glacial que la del invierno: la del sepulcro. Sentíase en la atmósfera el aliento del cólera.

Bajo el punto de vista meteorológico,

estos vientos tenían de particular que no excluían la gran tensión eléctrica, y estallaron en aquella época frecuentes tempestades, acompañadas de relámpagos y de truenos.

Una tarde, que era tan fría como si fuese de Enero y que los parisienses volvieron á sacar los abrigos, Gavroche, que alegremente temblaba de frío bajo su traje andrajoso, estaba de pie y como en éxtasis delante de una peluquería de los alrededores del Olmo de San Gervasio. Llevaba un pañuelo de lana de mujer, cogido no sabemos dónde, que habia convertido en tapaboca, y parecia que admiraba una figura de cera, escotada y adornada con flores de azahar, que daba vueltas en el escaparate, sonriendo á los transeúntes, entre dos quinqués; pero en realidad examinaba la tienda, para ver si podia escamotear del escaparate una pastilla de jabon para irla á vender en seguida á un peluquero de las afueras.

Muchos dias sacaba su almuerzo de una de esas pastillas, y á este género de trabajo, para él que tenia talento, llamaba hacer la barba á los barberos. Contemplando el muñeco de cera y mirando de reojo á la pastilla, decia entre dientes:—Martes.—No es martes.—¿Es acaso martes?—Quizás sí.—Sí, martes es.

No se sabe á qué se referiria este monólogo; si por casualidad se referia á la última vez que habia comido, hacia ya tres dias, pues era viernes.

El barbero en la tienda, que caldeaba una buena chimenea, afeitaba á un parroquiano y dirigia de vez en cuando miradas oblicuas al pilleto descarado, que tenia las dos manos metidas en los bolsillos, pero sin duda alguna el espíritu fuera del cuerpo.

Mientras Gavroche examinaba el muñeco, el escaparate y los jabones de Windsor, dos niños de estatura desigual, con vestidos limpios, menores que él, uno de siete años y otro de cinco, hicieron levantar tímidamente el picaporte y entraron en la tienda pidiendo algo, quizás una limosna, con murmullo tan lastimero, que más que súplica parecia gemido. Hablaban ambos á la vez y eran ininteligibles sus palabras, porque los sollozos ahogaban la voz del más pequeño y el frío hacia temblar los dientes del mayor. El barbero se volvió con el semblante airado; sin abandonar la navaja empujó al mayor con la mano izquierda

y al menor con la rodilla, los echó á la calle y cerró la puerta, diciendo:

—Vienen á enfiarnos esos pilletes!

Los dos niños, llorando, echaron á andar. Empezaba á llover.

Gavroche corrió tras ellos, los alcanzó y les dijo:

—Qué teneis, chiquillos?

—No sabemos dónde hemos de quedarnos á dormir, contestó el mayor.

—Es eso todo? ¿Y por qué llorais, tontos?

Tomando al través de su superioridad algo burlona el acento de tierna autoridad y de benéfica proteccion, añadió:

—Chiquillos, venid conmigo.

—Vamos, pues, contestó el mayor.

Los dos pequeños siguieron á Gavroche, como hubieran seguido á un arzobispo, y dejaron de llorar.

Gavroche los hizo subir por la calle de San Antonio en direccion á la Bastilla, y al alejarse dirigió una mirada retrospectiva de indignacion á la peluquería.

—No tiene corazon ese bacalao, murmuró; parece un inglés.

Una mozueta, que vió marchar á los tres en fila precedidos por Gavroche, soltó sonora carcajada. Su risa fué una falta de respeto al grupo.

—Buenos dias, señorita Omnibus, la dijo Gavroche.

Un instante despues, acordándose del peluquero, añadió:

—Me he engañado; no es un bacalao, es una serpiente. Peluquero, buscaré un herrero y haré que te ponga un cascabel en la cola.

El peluquero le hizo agresivo, y saltando un arroyo apostrofó á una portera barbuda, que tenia la escoba en la mano y que era digna de encontrar á Fausto en el Brocken:

—Señora, salís con el caballo?

Al mismo tiempo salpicó de lodo las botas charoladas de un transeunte.

—Bribon! exclamó éste, furioso.

Gavroche asomó la nariz por encima del tapaboca.

—De qué se queja el señor? le preguntó.

—De tí, le contestó el transeunte.

—Pues se ha cerrado el despacho y ya no admito reclamaciones.

Mientras tanto seguian subiendo la calle y descubrió bajo una puerta-cochera á una pobrecita niña de trece á catorce años, helada y con un vestidito tan corto que apenas le llegaba á la ro-

dilla. Era demasiado crecida ya la niña para ir de corto.

—Pobre chica! exclamó Gavroche. No lleva ni pantalones. Toma esto siquiera.

Quitándose el pañuelo de lana que llevaba al cuello, lo echó sobre los hombros flacos y amaritados de la niña, y convirtió en chal el tapaboca.

La chicuela lo contempló asombrada y recibió silenciosamente el chal. Se llega á un grado de infelicidad en el que el pobre, en su estupor, ni llora ya por el mal que siente, ni agradece tampoco el bien que le hacen.

—Brrr! decia Gavroche, estremeciéndose más que San Martin, que á lo menos se quedó con la mitad de la capa.

Despues de este ¡Brrr! la lluvia redobló su fuerza.

—Ah! exclamó Gavroche. ¿Qué significa esto? Llueve otra vez! Caracoles!

Dicho esto siguió su camino.

—Es igual, añadió despues, echando una mirada á la pobre que se arrebujaba en el pañuelo. Ya tiene la chica con qué taparse.

Volviéndose hácia la nube, la apostrofó así:

—Te has fastidiado!

Los dos niños le seguian.

Al pasar por delante de uno de esos estrechos enrejados de alambre que indican una panadería, y tras los que se pone el pan, Gavroche se dirigió á los pequeñuelos y les preguntó:

—Muchachos, habeis comido?

—No hemos comido nada desde esta mañana.

—No teneis padre ni madre? les interrogó el pilluelo majestuosamente.

—Sí; tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

—A veces es mejor no saberlo, contestó Gavroche, que era todo un filósofo.

—Hace dos horas, continuó diciendo el niño mayor, que estamos andando; hemos buscado algo de comer por los rincones y no hemos encontrado nada.

—Ya me lo figuro, le respondió el pilluelo; los perros se lo comen todo.

El mayor de los dos niños, entregado ya casi por completo á la indiferencia, que tan pronto adquiere la infancia, exclamó:

—Lo que nos sucede es muy extraño. La mamá nos habia prometido que nos llevaria á comprar romero bendito el domingo de Ramos.

—Son inocentes! exclamó Gavroche.

—La mamá es una señora que vive con la señorita Miss.

—Já, já, já.

El pilluelo se paró, registró los rincones de sus bolsillos y despues levantó la cabeza con expresion de triunfo.

—Estad tranquilos, dijo. Ya tenemos con qué cenar los tres. Sacó del bolsillo cinco céntimos. Sin dejar tiempo á los niños de alegrarse, los empujó delante de sí hácia la tienda de un panadero y puso los cinco céntimos en el mostrador, gritando:

—Mozo! Cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el amo de la casa, cogió un pan y un cuchillo.

—En tres pedazos! gritó Gavroche, añadiendo con dignidad:—Porque somos tres.

Viendo que el panadero, despues de examinarlos, tomó un pan moreno, se metió profundamente el dedo en la nariz, con aspiracion tan imperiosa como si tuviese entre los dedos un polvo de tabaco de Federico el Grande, é indignado, dirigió al panadero este apóstrofe:

—Qué es eso?

—Qué es? Pan bueno de segunda clase.

—Pan de municion querreis decir, respondió Gavroche tranquila y friamente desdeñoso.—Pan blanco, mozo! yo convidado.

El panadero no pudo menos de reirse, y cortando el pan blanco, les miró de un modo tan compasivo que chocó á Gavroche.

—Ah, picaro! dijo. ¿Nos quieres medir á toesas?

Téngase presente que los tres, uno encima de otro, apenas medían una toesa.

El panadero, en cuanto cortó el pan, se guardó los cinco céntimos, y Gavroche dijo á los niños:

—Jamad.

Los niños se miraron sorprendidos. El pilluelo se echó á reir.

—Calla! es verdad, se dijo; no entienden aun. Son tan pequeños!... Despues, expresándose con más claridad para ellos, repuso:

—Comed.

Al mismo tiempo dió á cada uno un pedazo de pan. Pensando que el mayor, que le parecia más digno de su conversacion, merecia distincion especial y debia perder todo temor para satisfacer su apetito, le dijo, dándole el pedazo más grande de pan:

—Echa ese cartucho en el fusil.

El pedazo más pequeño de pan se lo quedó Gavroche para él, porque conoció que los niños estaban hambrientos. Mientras comian el pan con buenos dien-

tes estaban aun en la panadería, á cuyo dueño, despues de cobrar, le molestaban ya, y Gavroche se lo conoció en la cara.

—Vámonos á la calle, les dijo.

Salieron, dirigiéndose hácia la Bastilla.

De vez en cuando, al pasar por delante de las tiendas iluminadas, el niño menor se paraba para mirar la hora en un reloj de plomo que llevaba en un cordón colgado del cuello.

—Es un tontuelo! decia entre dientes Gavroche, pero es igual. Si yo tuviese monigotes los educaría mejor.

Al terminar de comer el pedazo de pan llegaban á la esquina de la lúgubre calle de las Danzas, en cuyo fondo se descubre el postigo bajo y hostil de la cárcel de la Fuerza.

—Calla! Eres tú, Gavroche? le dijo un transeunte.

—Calla! Eres tú, Montparnasse? le contestó el pilluelo.

El hombre que se acercaba á Gavroche era Montparnasse, que iba disfrazado con anteojos azules, pero que el pilluelo le reconoció.

—Diablo! Llevas un pelaje de color de cataplasma de harina de linaza y anteojos azules como un médico. Tienes estilo, palabra de hombre de honor.

—Chist! le dijo Montparnasse; no hables tan alto.

Arrastró con viveza á Gavroche fuera del alcance de las tiendas. Los dos chiquitines los seguian maquinalmente agarrados de la mano. Cuando llegaron bajo la oscura archivolta de una puertacochera, le preguntó Montparnasse:

—Sabes dónde voy?

—A casarte con la viuda (la horca), le contestó el pilluelo.

—Farsante!

Montparnasse añadió:

—Voy á buscar á Babet.

—Ah! exclamó Gavroche; ahora se llama Babet.

Montparnasse bajó la voz y dijo:

—No á ella, sino á él.

—Sí, sí, á Babet. Yo creia que estaba á la sombra.

—Salió á la luz.

Montparnasse contó rápidamente al pilluelo que aquella misma mañana habian trasladado á Babet á la Conserjería y se habia escapado, tomando la izquierda en vez de tomar la derecha en el "corredor de la instruccion".

—Es un valiente sacamuélas! exclamó Gavroche admirando su habilidad.

Montparnasse le dió otros detalles so-

bre la evasion de Babet, y concluyó diciéndole:

—Pero no es eso todo.

Mientras el pilluelo escuchaba, habia cogido un bastón que Montparnasse llevaba en la mano y tiró maquinalmente de la parte superior, sacando la hoja de un puñal.

—Ah! dijo, envainando el puñal con viveza; llevas tu gendarme disfrazado de paisano.

Montparnasse le guiñó el ojo.

—Caracoles! preguntó Gavroche; ¿vas á agarrarte con los corchetes?

—No lo sé, le contestó Montparnasse con indiferencia. Bueno es siempre que nos acompañe un alfiler.

Gavroche insistió preguntando:

—Qué vas á hacer esta noche?

Montparnasse tomó otra vez el tono grave y dijo, mascando las sílabas:

—Negocios.

Cambiando bruscamente de conversacion, exclamó:

—A propósito!

—Qué?

—Oye una aventura que me sucedió el otro dia. Figúrate que tropiezo con un sugeto que me regala un sermón y la bolsa. La meto en esta faltriquera y un momento despues no habia nada ya en ella.

—Solo el sermón? preguntó Gavroche.

—Y tú dónde vas ahora? le preguntó á su vez Montparnasse.

—Voy á acostar á estos dos niños, le contestó el pilluelo señalando á sus dos protegidos.

—A dónde?

—A mi casa.

—Tú tienes casa?

—Casa propia.

—Y dónde vives?

—En el elefante, contestó Gavroche.

Aunque Montparnasse no era asustadizo, no pudo contener esta exclamacion:

—En el elefante!...

—Pues sí, tal como suena.

—Y se está bien allí?

—Muy bien, respondió Gavroche. Allí no se sufren vientos colados como bajo los puentes.

—Y cómo entras?

—Entrando.

—Tiene, pues, algun agujero? le preguntó Montparnasse.

—Caracoles! sí, pero eso no se debe decir. Entre las patas delanteras. Los soplones no lo han visto.

—Y tú trepas! Ahora lo comprendo.

—Un cambio de mano, cric, crac, y arriba; nadie lo vé.

Despues de una pausa, añadió el pilluelo:

—Para estos pequeñuelos buscaré una escalera.

Montparnasse se echó á reir.

—¿Dónde demonios has encontrado esos mochuelos?

—Son unos monigotes que me ha regalado un peluquero, le contestó Gavroche.

Entre tanto Montparnasse, que estaba pensativo, dijo:

—Me has conocido con mucha facilidad.

Entonces sacó dos objetos pequeños, que eran dos cañones de pluma rodeados de algodón, y se introdujo uno en cada ventana de la nariz, que le desfiguraban por completo.

—Eso te transforma, repuso Gavroche. Así estás menos feo. Debieras ir siempre así.

Montparnasse era un hermoso jóven, pero el pilluelo era muy burlón.

—Sin burlarte, dijo el bandido, ¿qué te parezco? cómo estoy?

Habia variado hasta el timbre de la voz; estaba desconocido.

—Muy bien; haznos el polichinela, exclamó Gavroche.

Los niños, que hasta entonces nada habian oido, por estar muy ocupados en meterse los dedos en la nariz, se aproximaron al oír la palabra *polichinela* y miraron á Montparnasse con alegría y admiracion.

Desgraciadamente Montparnasse estaba sombrío.

—Escucha lo que voy á decirte, Gavroche: si me encontrase en la plaza con mi dogo, mi daga y mi diga, y me prodigasen algunos parnés, me dignaria trabajar, pero no todo se puede digerir.

Este lenguaje extraño produjo en el pilluelo efecto singular. Se volvió con presteza, miró á su alrededor con sus ojuelos pequeños y brillantes y descubrió á algunos pasos de distancia un agente de policia, que estaba de espaldas.

Gavroche dejó escapar un "¡Ah, entiendo!", que reprimió en seguida, y sacudiendo la mano de Montparnasse, le dijo:

—Pues bien, buenas noches; me voy al elefante con mis monigotes. Si por casualidad alguna noche me necesitas, ven á buscarme allí. Vivo en el entresuelo; no hay portero; pregunta por el señor Gavroche.

—Está bien, le contestó Montparnasse. En seguida se separaron, dirigiéndose el bandido hácia la Grève y el pilluelo hácia la Bastilla.

Arrastraba al niño de cinco años su hermano mayor y éste era arrastrado por Gavroche, y volvia la cabeza varias veces para ver cómo se iba el polichinela.

La frase enigmática con que Montparnasse advertia á Gavroche de la presencia de un agente de policia, consistia en la asonancia *dig* repetida cinco ó seis veces de diverso modo. La sílaba *dig*, no pronunciándola aisladamente, sino mezclándola artísticamente con palabras de una frase, quiere decir: *tengamos cuidado, porque no podemos hablar con libertad*. Encerraban además las palabras de Montparnasse una belleza literaria, que no observó Gavroche: la frase *mi dogo, mi daga y mi diga*, locucion del caló del Temple, que significa *mi perro, mi puñal y mi mujer*, era muy usada entre los pillos y granujas del gran siglo en que Molière escribia y Callot dibujaba.

Hace veinte años se veia aun en el ángulo Sudeste de la plaza de la Bastilla, cerca del remanso del canal formado en el antiguo foso de la cárcel-ciudadela, un monumento extraño, que se habia borrado ya de la memoria de los parisienses, pero que merecia haber dejado su huella, porque era una idea del "miembro del Instituto, general en jefe del ejército de Egipto".

Decimos monumento, aunque no era más que un maniquí; pero este maniquí era un boceto admirable, el cadáver grandioso de una idea de Napoleon, esqueleto al que dos ó tres golpes de viento sucesivos habian empujado y llevado tan lejos, que se habia hecho ya histórico, dándole carácter definitivo, que contrastaba con su aspecto provisional. Era un elefante de cuarenta piés de altura, construido de madera y de mampostería; sustentaba su torre, que parecia una casa, que pintó primitivamente de color verde un pintor de brocha gorda y que despues pintaron de negro el cielo, la lluvia y el tiempo. En el referido ángulo solitario y descubierto de la plaza, la ancha frente del coloso, la trompa, los colmillos, la enorme grupa y los cuatro piés, semejantes á cuatro columnas, dibujaban por la noche en el cielo estrellado una silueta sorprendente y terrible.

No se sabia lo que significaba: era una especie de símbolo de la fuerza popular,

un fantasma poderoso y visible de pié al lado del espectro invisible de la Bastilla.

Pocos extranjeros visitaban aquel edificio y pocos transeuntes lo miraban. Caía ya en ruinas, y los pedazos de yeso que caían de todas partes le producían cada día más llagas repugnantes. Los edificios le tenían olvidado desde 1814; y estaba allí arrinconado, enfermo y ruinoso, rodeado de empalizada ya podrida, que manchaban con frecuencia cocheros borrachos. Muchas grietas le serpenteaban en el vientre; de la cola le salía un madero y entre las piernas crecían altas yerbas; y como el nivel de la plaza se elevaba hacia ya treinta años alrededor, por el movimiento lento y continuo que levanta insensiblemente el piso de las grandes ciudades, parecía que estaba en un hoyo y que la tierra se hundía por la fuerza de su peso. Era inmundo, repugnante y soberbio, feo á la vista del ciudadano y melancólico á los ojos del pensador. Tenía algo de la basura que se vá á barrer y algo de la majestad que se vá á decapitar.

Como dijimos, por la noche cambiaba de aspecto. Cuando llegaba el crepúsculo, el viejo elefante se transfiguraba; adquiría figura tranquila y temible en la formidable serenidad de las tinieblas; como pertenecía á lo pasado, le convenía la noche; la oscuridad sentaba bien á su grandeza.

Dicho monumento rudo, inmenso, casi deforme, pero majestuoso y lleno de cierta gravedad magnífica y salvaje, ha desaparecido, para que reine en paz la especie de estufa gigantesca que reemplazó á la sombría fortaleza de nueve torres, así como la clase media reemplaza al feudalismo. Demuestra sencillez que una chimenea sea el símbolo de una época cuyo poder está encerrado en una marmita. Esa época pasará, va pasando ya; pues ya se empieza á comprender que si hay fuerza en una caldera, tiene que haber poder en un cerebro, ó en otros términos, que lo que mueve y arrastra al mundo no son las locomotoras, sino las ideas. Uncid las locomotoras á las ideas, eso debéis hacer, pero no tomeis al caballo por ginete.

El arquitecto que construyó el elefante hizo con el yeso una cosa grande, y el arquitecto del cañon de la chimenea consiguió hacer con el bronce una cosa pequeña. Dicho cañon de chimenea, que bautizaron con el sonoro nombre de Columna de Julio; este monumento, hijo

de una revolucion armada, se veía rodeado aun en 1832 de inmensa camisa de madera, que hoy echamos de menos, y de vasta empalizada de tablas, que acababa de aislar al elefante.

Hacia dicho rincon de la plaza, que apenas alumbraba el reflejo de un farol lejano, se dirigió el pilluelo con los dos niños.

Permitásenos ahora recordar á nuestros lectores que hace veinte años los tribunales correccionales juzgaron como vago y como causante de desperfectos de un monumento público á un muchacho que sorprendieron durmiendo en el interior del elefante de la Bastilla.

Consignado este hecho, continuemos la novela.

Al llegar cerca del coloso, comprendiendo Gavroche el efecto que podría producir lo infinitamente grande á lo infinitamente pequeño, dijo:

—Muñecos, no tengais miedo!

Después se introdujo por un hueco de la empalizada en el recinto que ocupaba el elefante y ayudó á los pequeñuelos á pasar la brecha. Los niños, bastante asustados, seguían á Gavroche sin hablar, entregándose por completo á aquella pequeña y andrajosa providencia que les dió pan y les prometió albergue.

Había en el suelo una escalera de mano, que servía durante el día á los trabajadores de una obra inmediata. Gavroche la levantó con vigor y la apoyó en una de las patas delanteras del elefante. Cerca de donde terminaba la escalera se distinguía un agujero negro en el vientre del coloso. El pilluelo enseñó la escalera y el agujero á los dos niños y les dijo:

—Subid y entrad.

Los niños, asustados, se miraron uno á otro.

—Teneis miedo, monigotes! exclamó Gavroche.

Luego añadió:

—Vais á ver.

Se agarró al pié rugoso del elefante y en un santiamén, sin dignarse hacer uso de la escala, llegó á la grieta y entró por él como una culebra que se desliza por una hendidura; desapareció, y poco después los niños vieron aparecer vagamente una forma blanquecina y pálida; era la cabeza del pilluelo, que asomaba por el negro borde del agujero.

—Vamos! les gritó; subid! ¡vereis qué bien se está aquí! Sube tú, añadió dirigiéndose al mayor; yo te daré la mano.

Los niños se encogieron de hombros;

el pilluelo les inspiraba confianza y miedo al mismo tiempo.

Llovía copiosamente. El mayor se arriesgó, y el pequeño, viendo subir á su hermano y que se quedaba solo entre las patas del enorme animal, tuvo ganas de llorar, pero no se atrevió. El mayor subía temblando los peldaños de la escalera, y Gavroche, entre tanto, le animaba con las exclamaciones de un maestro de armas á sus discípulos, ó de un carretero á las mulas:

—No tengas miedo!

—Eso es!

—Adelante!

—Pon ahí el pié!

—Dame la mano!

—Valiente!

Cuando el niño estuvo á su alcance, le cogió vigorosamente por el brazo y le atrajo hacia él.

—Ya te has colado, le dijo.

El niño había entrado ya por el agujero.

—Ahora, le dijo Gavroche, espérame. Siéntate.

Saliendo por la grieta como había entrado, se deslizó ágil como un mono por la pata del elefante y cayó de pié sobre la yerba, cogió al pequeñuelo de cinco años por la cintura y lo plantó en medio de la escalera.

Después empezó á subir detrás de él, gritándole al mayor:

—Yo le empujo, cógele tú.

Instantáneamente el niño se vió subido, empujado y metido en el agujero, sin tener tiempo para darse cuenta de lo que le había pasado. Gavroche entró tras él y dió una patada á la escalera, que cayó sobre la yerba, palmoteó y gritó:

—Ya estamos aquí. ¡Viva el general Lafayette!

Después de su explosion exclamó:

—Párvulos, estais en mi casa!

En efecto, allí vivía Gavroche.

El monumento desmesurado que encerró el pensamiento del emperador se había convertido en la jaula del pilluelo. El gigante adoptaba y abrigaba al niño.

Los paseantes que pasaban los domingos por delante del elefante de la Bastilla decían, midiéndole con la vista y con desprecio:—De qué sirve eso? Pues servía para preservar del frío, del viento, de la lluvia y de la nieve á un sér pequeño, sin padre, sin madre, sin pan, sin ropa y sin albergue. Servía para recoger al inocente que la sociedad rechazaba. Ser-

via para disminuir una falta pública. Servía de cueva abierta al que encontraba todas las puertas cerradas. Parecía que el viejo mastodonte, miserable, carcomido y olvidado, especie de mendigo colosal que en vano imploraba la limosna de una mirada compasiva en aquella explanada, había tenido lástima de otro mendigo, de un pobre pigmeo que iba descalzo, que carecía de techado, que se cubría con andrajos y que se alimentaba de desperdicios. Para esto servía el elefante de la Bastilla.

La idea de Napoleón, que despreciaron los hombres, Dios la acogió. Lo que solo pudo ser ilustre, se hizo augusto. El emperador hubiera necesitado para realizar su idea el pórvido, el bronce, el hierro, el oro y el mármol; á Dios le bastaba aquella vieja trabazon de tablas, de vigas y de yeso. El emperador concibió un pensamiento digno de su génio; quería que del elefante titánico brotasen y saliesen por todas partes aguas vivificantes, haciendo de él la encarnacion del pueblo. Dios hizo una cosa superior: alojó allí á un niño.

El agujero por donde Gavroche entró era una brecha que apenas se veía por fuera, por estar oculta bajo el vientre del elefante; y era tan estrecha, que solo los gatos ó aquellos niños podrían pasar por ella.

—Principiemos, exclamó el pilluelo, por decir al portero que no estamos en casa.

Penetró en la oscuridad con el aplomo del que conoce su casa, tomó una tabla y tapó el agujero. Gavroche volvió á internarse en la oscuridad.

Los niños oyeron el chirrido del palito azufrado al sumergirse en la botellita fosfórica. Las cerillas con fósforo no se conocían aun; el eslabon representaba entonces el progreso.

Súbita claridad obligó á cerrar los ojos á los pequeñuelos; Gavroche había encendido una de esas sogas impregnadas de resina que se llaman hachas de viento. El hacha, que despedía más humo que luz, dejaba entrever el interior del elefante.

Los huéspedes de Gavroche miraban á su alrededor, experimentando algo parecido á lo que experimentaría el que se viera encerrado en el gran tonel de Heidelberg, ó á lo que debió experimentar Jonás en el vientre bíblico de la ballena. Les parecía que los envolvía gigantesco esqueleto. En la parte alta, gruesa viga, desde la que partían, de distancia

en distancia, macizas viguetas cintradas, figuraba la columna vertebral con las costillas; estalácticas de yeso colgaban como vísceras, y vastas telas de araña, tendidas de un lado á otro, hacían el efecto de polvorosos diafragmas. Veíanse en los rincones grandes manchas negras, que parecían vivientes, y que se agitaban rápidamente y con movimiento brusco y asustadizo. Los pedazos que habían caído del dorso del elefante sobre el fondo del vientre habían llenado la concavidad y se podía andar sobre ellos como sobre un piso.

El menor de los niños se arrió á su hermano y le dijo á media voz:

—Qué oscuro está esto!

Esta exclamación llamó la atención de Gavroche, y al verles como petrificados, les habló del modo siguiente:

—Qué decís? No debemos ser descontentadizos. No necesitamos vivir en las Tullerías. No seamos majaderos. Os prevengo que no pertenezco al batallón de los tontos.

Para quitar el miedo sirve oír hablar ásperamente, porque dá confianza. Los niños se aproximaron á Gavroche. Este, paternalmente enternecido, pasó de lo grave á lo dulce, y dirigiéndose al más pequeño, le dijo:

—Tontin, lo que está oscuro es la calle. En la calle llueve y aquí no; hace frío y viento y aquí no; en la calle hay gente y aquí estamos solos; en la calle no hay luna ni estrellas y aquí tenemos luz.

Entonces los niños empezaron á mirar la habitación con menos espanto.

Gavroche no les dejó tiempo para examinarla.

—Entrad, les dijo, empujándoles hácia lo que podemos llamar el fondo del cuarto, en donde tenía la cama.

La cama del pilluelo se componía de un colchón y de una manta, y estaba en una alcoba con cortinas.

El colchón era una estera de paja, la manta un pedazo de lana gris, muy caliente y casi nueva.

Veamos lo que era la alcoba. La formaban tres rodrigones bastante largos, hundidos sólidamente en el cascote del suelo, es decir, en el vientre del elefante, dos delante y uno detrás, y reunidos por una cuerda en su vértice, de modo que formaban una pirámide. Esta pirámide sostenía un enrejado de hilo metálico, que estaba colocado por encima y artísticamente sostenido y aplicado con ataduras de alambre, de modo que rodeaba enteramente los tres rodrigones. Un cordón de

piedras gruesas, colocado alrededor del enrejado, le sujetaba de manera que nada podía pasar por entre él y el suelo. El enrejado era un pedazo de esas alambres de que se forman las pajareras de los corrales. La cama de Gavroche estaba colocada bajo el enrejado como en una jaula. El conjunto de la alcoba parecía el toldo de un esquimal. El enrejado hacia el oficio de cortinas.

Gavroche separó un poco las piedras que sujetaban el enrejado por delante y se separaron los dos pedazos, que caían uno sobre otro.

—Chiquillos, á cuatro piés, les dijo.

Hizo entrar con precaución en la alcoba á sus huéspedes; despues entró él, arrastrándose; volvió á colocar las piedras y quedó bien cerrada la abertura.

Los tres se echaron en la estera.

Apesar de ser pequeños los tres, ninguno podía estar de pié en la alcoba. Gavroche seguía con la luz en la mano.

—Ahora, les dijo, sornad! Voy á suprimir el candelero.

—Qué es esto? preguntó el mayor de los niños, señalando el enrejado.

—Eso? es para librarse de las ratas; sornad!

Gavroche creyó que debía decir algo para instruir á las pobres criaturas, y continuó hablándolas:

—Esas son cosas del Jardín Botánico. Eso sirve para los animales feroces. Allí hay un almacén lleno. No hay más que subir una pared, saltar por una ventana y pasar una puerta, y se obtiene todo lo que se quiere.

Mientras estaba hablando arropaba con la manta al más pequeño, que decía en voz baja:

—Está muy caliente! ¡Se está aquí muy bien!

Gavroche miró la manta con aire satisfecho:

—También es del Jardín Botánico, añadió. Se la he quitado á los monos.

Luego, señalándole al mayor la estera en que estaba acostado, repuso:

—Esta era de la girafa. La he tomado de allí y los animales no se me han incomodado, porque les dije que era todo eso para el elefante.

Los dos pequeñuelos contemplaban con respeto y con asombro á aquel muchacho intrépido é ingenioso, vagabundo y miserable como ellos, y encontraban en su fisonomía algo admirable que les parecía sobrenatural. El mayor se aventuró á preguntarle:

—¿No teneis miedo á los agentes de policía?

—No se llaman agentes de policía, sino ganchos.

El menor de los pequeñuelos tenía los ojos abiertos, pero no decía una palabra. Como estaba á la orilla de la estera y su hermano en medio, Gavroche lo arropaba como una madre y puso en alto la estera por la parte de bajo de la cabeza para que le sirviese de almohada; despues se volvió hácia el mayor y le preguntó:

—Verdad que se está bien aquí?

—Ah! sí, muy bien.

Los pobres chiquitines, que estaban muy mojados y casi helados cuando entraron en el elefante, empezaban á entrar en calor.

—Por qué llorabas? En un pipiolo como tu hermanito se comprende; pero á tí, que eres ya un hombrecillo, eso te está muy mal.

—¡Pues si no teníamos casa donde ir á dormir!

—No se dice casa, se dice chiscon, le contestó corrigiéndole el pilluelo.

—Además, teníamos miedo de estar solos de noche en la calle.

—No se dice noche, sino la oscura.

—Gracias, muchas gracias, le contestó el mayor de los pequeñuelos.

—Escucha, le dijo Gavroche. No debes berrear nunca. Yo cuidaré de vosotros. Vereis cómo nos divertimos. Por el verano iremos á los pozos de nieve con Navet, un amiguito mio; nos bañaremos en el estanque, correremos desnudos sobre las barcas delante del puente de Austerlitz. Esto hace rabiar á las lavanderas, que vocean y gritan. ¡Si supierais qué malas son! Iremos á ver al hombre-esqueleto en los Campos Eliseos. Despues os llevaré al teatro á ver á Federico Lemaitre. Me dan billetes, conozco á los actores, y hasta una vez salí á las tablas representando en una comedia, con otros pipiolos como tu hermano pequeño, y corríamos bajo una tela que figuraba el mar. Os contrataré en mi teatro. Iremos á ver á los salvajes, que no son salvajes verdaderos: van vestidos de color de rosa y el traje les hace arrugas, y hasta en los codos se ven zurcidos hechos con hilo blanco. Despues iremos á la Opera y entraremos con los alabarderos. Alabarderos son los encargados de aplaudir, y es un cuerpo que está muy bien organizado; pero yo no iría con ellos por la calle. Figúrate que hay quien paga un franco por oír la ópe-

ra, pero esos son los tontos y se llaman paganos. Además iremos á ver guillotinar; os enseñaré al verdugo. Vive en la calle del Marais y se llama Sanson. Tiene en la puerta de su casa un buzón para que le echen las cartas allí. Vereis cómo nos divertimos.

En aquel instante cayó una gota de resina en un dedo de Gavroche, que le recordó las realidades de la vida.

—Caracoles! exclamó. Se está acabando la mecha. Habis de saber que solo puedo gastar en luz cinco céntimos cada mes. Pero cuando uno se acuesta es para dormir. No tenemos tiempo para leer novelas de Paul de Kock. Además, de que la luz podría pasar por las rendijas de la puerta-cochera y los ganchos podrían atisbarla.

—Y además, observó tímidamente el mayor de los niños, el único de los dos que se atrevía á hablar con Gavroche y á contestarle; podría caer una chispa en la paja, y hay que tener cuidado de no prender fuego á la casa.

—No se dice prender fuego á la casa, sino achicharrar los trapos ó dar candelada.

La lluvia redoblaba, y oían, no solo los truenos, sino la violencia del turbión que azotaba el lomo del elefante.

—Mientras estemos aquí metidos que llueva todo lo que quiera; á mí aun me divierte ver correr el agua por las patas de la casa. El invierno es un animal; pierde sus mercancías, pierde su trabajo, porque no puede mojarnos, y por eso gruñe ese viejo aguador.

A la alusión al trueno, cuyas consecuencias aceptaba Gavroche en su calidad de filósofo del siglo diez y nueve, siguió relámpago tan deslumbrador, que entró por las hendiduras del vientre del elefante. Casi al mismo tiempo resonó terrible trueno. Los dos niños dieron un grito y se levantaron con tal rapidez que casi separaron el enrejado, pero Gavroche volvió hácia ellos la cara y se aprovechó del trueno para reír á todo trapo.

—Tened calma, niños, les dijo. No conmovamos el edificio. Ha sido un trueno muy fuerte, es verdad, pero un relámpago no es un coco. ¡Bravo por el trueno! Está tan bien hecho como el del teatro del Ambigú.

En seguida arregló el enrejado, empujó con suavidad á los niños hácia la cabecera de la cama, les apretó las rodillas para que se estirasen bien y exclamó:

—Supuesto que Dios enciende su luz,